

y este es — resguardar su corazón contra toda flaqueza.

Esta acción provechosa podemos esperarla en gran parte del teatro. El es quien presenta el espejo á la numerosa clase de los locos, y con saludable burla les hace sonrojarse de sus debilidades. Lo que otras veces obra conmoviendo los ánimos y llenándolos de espanto, lo alcanza aquí, tal vez mas pronta y seguramente, por medio del chiste y de la sátira. Si tratásemos de parangonar la comedia con la tragedia y de avalorar la eficacia de su acción, quizá nos obligaría la experiencia á conceder la supremacía á la primera. La mofa y el desprecio hieren el orgullo del hombre mas dolorosamente que no tortura su conciencia la execración de sus vicios. Ante lo terrible se retrae nuestra cobardía; pero esta misma cobardía nos entrega indefensos al aguijón de la sátira. Las leyes y la conciencia nos preservan muchas veces de crímenes y de vicios — las ridiculeces requieren un sentido especial mas delicado, que solo ejercitamos en el teatro. Tal vez concedamos á un amigo plenos poderes para atacar nuestro corazón y nuestras costumbres; pero nos cuesta grandes esfuerzos el perdonarle una sola risa. Bien sufren nuestro corazón y nuestras costumbres un vigilante y un fiscal; pero nuestras impertinencias apenas un testigo. Solo el teatro puede zehirir nuestras flaquezas, porque respeta nuestra susceptibilidad y quiere ignorar quién sea el loco culpable. Sin sonrojarnos, vemos caer nuestra propia máscara ante su espejo, y quedamos en secreto agradecidos por lo blando de la advertencia.

Mas no se limita aquí de mucho su vasta esfera de acción. El teatro, mas que toda otra institución pública del estado, es una escuela de sabiduría práctica, un derrotero al través de la vida social, una clave infalible para los mas revueltos laberintos del alma humana. Concedo enhorabuena que el amor propio y el encallecimiento de la conciencia anonadando pocas veces sus mejores efectos; que miles de vicios mantienen enhiesta ante su espejo la impúdica frente, que miles de hidalgos sentimientos se embotan contra el yerto corazón del espectador; — yo mismo soy de opinion que quizás el Harpagon de Moliere no ha enmandado todavía á ningun logrero, que el suicida Beverley no ha retraído sino á muy pocos de sus hermanos de la funesta pasión del juego, que la desgraciada historia de bandoleros de Carlos Moor no contribuirá mucho por cierto á la seguridad de los caminos reales — pero por mas que limitemos esta gran virtualidad de la escena, aunque llevemos la injusticia hasta el extremo de invalidarla por completo — aun así, ¿cuán inmensa no fuera todavía su influencia! Aun, dado que no reduzca ni estirpe la suma de los vicios, no los dá á conocer, nos familiariza con ellos. Con aquellos viciosos, con aquellos insensatos hemos de vivir. Debemos evitarlos, ó chocar con ellos; debemos derribarlos, ó sucumbir á su empuje. Ahora no nos sorprenderán ya; estamos prevenidos y dispuestos á rechazar sus ataques. El teatro nos ha revelado el secreto para reconocerlos y desarmarlos. Al hipócrita le arrancó la máscara artificiosa, y desenbrió la red con que nos envolvían la astucia y el dolo; le arrastró de sus tortuosas madrigueras, y nos mostró á la luz del día su faz espantosa. Cabe que la moribunda Sara no infunda terror en el ánimo de un solo libertino; que no basten á enfriar su impura llama todas las pinturas de seducción castigada; cabe tambien que una maliciosa actriz ponga, por el contrario, especial cuidado en no producir tal efecto; pero por dicha, no es poco que la cándida inocencia conozca los lazos que se le tienden, que el teatro le enseñe á desconfiar de sus protestas y á estremecerse ante su adoración.

Mas no se ciñe el teatro á mostrarnos los hombres y sus

caractéres, sino que tambien nos patentiza los destinos de que son juguete, y nos enseña el grande arte de sobrellevarlos. En la trama de nuestra existencia entran el caso y el plan por mitad y mitad: este depende de nuestra dirección; pero debemos someternos á aquel ciegamente. Felices nosotros, si los reveses inevitables de la fortuna no nos cogen del todo desapercibidos; si nuestro ánimo y nuestra cordura tuvieron ya lugar de ejercitarse en ocasiones análogas, si nuestro corazón se ha templado para recibir el golpe. El teatro hace pasar ante nuestros ojos una escena varia de humanos padecimientos; con arte sutil nos introduce en las desdichas ajenas, y nos paga una desazon momentánea con deleitosas lágrimas, y con ricas creces en valor y experiencia. Guiados por él, seguimos, por las resonantes riberas de Naxos, á Ariadne abandonada; bajamos á la mazmorra, donde, rodeado de los cadáveres de sus hijos muy amados, sufre Ugolino los tormentos del hambre; pisamos las sangrientas gradas del cadalso, y asistimos á la hora solemne de la muerte. Allí oímos á la naturaleza confirmar con una voz que no admite réplica lo que nuestra alma solo vagamente presintiera. En los calabozos de la Torre de Lóndres, abandona al engañado valido el favor de su soberana; ahora que vá á morir, deja al acongojado Moor su infiel y sofística sabiduría. La eternidad emancipa á un muerto para que vaya á revelar secretos que ningun viviente puede saber; y el malvado, que se creyera seguro, pierde el postrer arrimo de su pérvida reserva, al ver que hablan tambien las tumbas.

Ni se contenta tampoco el teatro con darnos á conocer los destinos de la humanidad, sino que además nos enseña á ser justos ó indulgentes con los desgraciados. Solo entonces, cuando hemos llegado á sondear toda la profundidad de sus tormentos, podemos atrevernos á arrojar sobre ellos nuestro fallo. No cabe crimen mas afrentoso que el del hurto; pero ¿no mezclamos todos una lágrima de compasión con nuestra sentencia, al penetrar hasta el fondo de las angustias horribles entre las cuales perpetra el robo Eduardo Ruhberg? El suicidio es generalmente execrado como el atentado mas impío; pero cuando acosada por un padre furioso, impulsada por el amor, consternada por la espantosa imagen de las paredes de un claustro, bebe Mariana el tósigo, ¿quién será de nosotros el primero que mueva el labio para condenar á aquella desdichada criatura? La humanidad y la tolerancia empiezan á formar el espíritu dominante de nuestra época; sus rayos benéficos han penetrado hasta dentro de los estrados de los tribunales, y mas adelante todavía — en el corazón de nuestros príncipes. ¿Cuánto no han cooperado nuestros teatros á esta obra divina! ¿No son ellos los que han intimado al hombre con el hombre, y descubierto el secreto mecanismo que impulsa sus acciones?

Hay una clase notable de hombres que, mas que otra alguna, debe estar agradecida al teatro. Allí oyen los poderosos del mundo lo que por maravilla, ó acaso jamás oyen, — la verdad; lo que nunca ó raras veces ven, esto mismo lo están viendo allí — al hombre.

Por grandes y variados que sean los méritos del buen teatro á favor de la educación moral, no son menores los servicios que presta á la ilustración general del entendimiento. Aquí precisamente, en esta esfera elevada, es donde el grande ingenio, el fogoso patriota sabe utilizar toda su grande influencia.

Arroja una mirada por todas las generaciones de la humanidad, compara pueblos con pueblos, siglos con siglos, y vé cuán esclava yace la gran masa del pueblo, aherrrojada por la superstición y las preocupaciones, que oponen una eterna valla á su felicidad; vé como los puros destellos de la verdad ilumi-

nan tan solo á unos pocos individuos, que compraron tal vez esta escasa ventaja á costa de toda una vida. ¿ Por qué medios podrá el sábio legislador conseguir que participe de ellos la nacion entera ?

El teatro es el cáuce comun por donde la luz de la sabiduría que emana de la parte mejor del pueblo se derrama para difundirse en rayos mas suaves al través de todo el cuerpo del estado. Ideas mas atinadas, principios acrisolados, sentimientos mas puros, fluyen de allí por todas las venas del pueblo; las nieblas de la barbarie, del fanatismo sombrío, se desvanecen, la noche huye ante la luz victoriosa. Entre tantos y tan preciosos frutos del buen teatro, mencionaremos dos siquiera. ¡ Cuán general no se ha hecho de pocos años acá la tolerancia con las religiones y las sectas ! Aun antes de que Nathan el judío, y Saladino el sarraceno, nos sonrojaran por boca de Lessing; aun antes de que José II abatiese la hidra formidable del odio religioso, ya habia plantado el teatro en nuestros corazones la humanidad y la blandura; las horribles pinturas de la rabia del sacerdocio pagano nos enseñaron á evitar el encono religioso y la intolerancia. Con no menor fortuna podria combatir el teatro los errores de la educacion. No hay para el estado asunto que, cual este, deba importarle por sus consecuencias; y sin embargo, ninguno hay tan descuidado, tan completamente abandonado, con una confianza sin límites, al capricho y á la irreflexion individuales. Solo el teatro pudiera ponernos ante los ojos, en cuadros no menos verdaderos que pavorosos, las desdichadas víctimas de una educacion descuidada, guiada por torcidos principios; aquí aprenderian los padres á desistir de máximas temerarias, y las madres á amar con un amor mas racional. Las ideas erradas estravian el mejor corazon en los que dirigen la educacion de la juventud, y no hacen mas que enconar el mal, cuando engreidos con la bondad de sus métodos, atrofian y malean los tiernos vástagos en invernáculos filantrópicos.

Y si lo entendiera la administracion del estado, pudiera ilustrarse y dirigirse tambien desde las tablas la opinion pública sobre la marcha del gobierno y los actos de los gobernantes. El poder legislativo hablaria aquí por medio de símbolos con sus súbditos, se sinceraria de sus quejas, aun antes que se manifestasen, desvaneceria sus cargos, aguijonearia al escepticismo. Hasta la industria y el espíritu de invencion pudieran entusiasmarse, y se entusiasmarian sin duda, ante la escena, si nuestros poetas se tomasen el trabajo de ser patriotas, y el estado no creyese rebajarse con escucharles.

No cabe pasar por alto el grande influjo que un teatro bien constituido ejerciera sobre el espíritu de la nacion. Espíritu nacional de un pueblo llamo yo á la semejanza y conformidad de sus opiniones y tendencias respecto de objetos, acerca de los cuales otra nacion opina y siente de diverso modo. Solo al teatro es dado producir esta consonancia en alto grado; puesto que él recorre todo los estadios del humano saber, apura todas las situaciones de la vida, é ilumina con su brillo los mas tenebrosos rincones del corazon; porque abarca todos los estados y condiciones, y se dirige por la senda mas trillada á la razon y al sentimiento. Si en todas nuestras piezas dominase un rasgo descollante, si nuestros poetas se pusieran de acuerdo y celebrasen una estrecha alianza para marchar de concierto á este fin, si guiasen sus trabajos el mas severo discernimiento, y consagrasen

su pincel tan solo á asuntos populares — si, por decirlo de una vez, pudiésemos llegar á poseer un teatro nacional, entonces seriamos una nacion tambien. ¿ Qué es lo que tan fuertemente eslabonaba á la Grecia ? ¿ Qué es lo que tan irresistiblemente arrastraba al pueblo á los teatros ? nada mas que el argumento pátrio de sus dramas, el espíritu helénico, el grande y predominante interés del estado, la humanidad mas digna, que todos ellos respiraban.

Otro título tiene todavia el teatro, que cito con tanto mayor placer, por cuanto presumo que ya habrá sido fallado á su favor el litigio que le pusieran sus detractores. Lo que hasta aquí nos propusimos demostrar, esto es, que influye esencialmente en las costumbres y la ilustracion del entendimiento, era un punto dudoso — que, entre todos los inventos del lujo y todas las instituciones para el solaz de la sociedad, merece la preferencia: eso lo han confesado sus mismos enemigos — pero los servicios que presta en esta parte son mas importantes de lo que generalmente se cree.

La naturaleza humana se resiste á yacer sin tregua ni descanso sobre el potro de los negocios; los alicientes de los sentidos mueren con el deseo satisfecho. Sobrecargado el hombre de goces animales, agoviado por largos esfuerzos, atormentado por su incesante afán de actividad, ansia placeres mas selectos y elevados, ó se arroja sin freno en tumultuosas distracciones, que precipitan su ruina y comprometen la paz de la sociedad. Placeres bacánticos, juego funesto, y mil desvarios que enjendra el ocio, son inevitables, cuando el legislador no acierta á dirigir esta tendencia del pueblo. El hombre de negocios corre el riesgo de espiar con el funesto esplin una vida que tan generosamente sacrificó al estado; el hombre erudito pelagra degenerar en un ridículo pedante; el populacho en una fiera. El teatro es la institucion donde se hermana el recreo con la enseñanza, el descanso con el esfuerzo, el pasatiempo con la cultura, donde ninguna fuerza del alma es escitada en menoscabo de las demás, donde no se goza placer alguno á espensas del todo. Cuando el dolor corroe nuestro corazon, cuando el mal humor envenena nuestras horas solitarias; cuando el bullicio del mundo y los negocios nos causan hastio, cuando mil pesos nos oprimen el alma, y nuestra sensibilidad está á punto de quedar ahogada por los trabajos de la profesion — entonces nos abre el teatro sus puertas. En este mundo artificial nos soñamos lejos de la realidad, volvemos á ser nosotros mismos, despertamos nuestra sensibilidad, pasiones saludables conmueven nuestra adormecida naturaleza é impelen la sangre en circulacion mas viva. El desventurado, llorando los padecimientos ajenos, alivia y olvida los propios, el venturoso vuelve en sí de su embriaguez; el que se creyera seguro cobra recelo. El enteco afeminado se torna hombre, el de alma empedernida empieza por primera vez á sentir. Y luego ¡ qué triunfo para tí, oh, naturaleza ! ¡ naturaleza tantas veces hollada y otras tantas levantada, cuando hombres de todos rangos, paises y condiciones, arrojados todos los grillos del artificio y de la moda, arrancados á todas las trabas del destino, hermanados por una sola simpatía, estrechados en una sola familia, se olvidan de sí mismos y del mundo entero, y se acercan á su celeste origen ! Cada uno goza las sensaciones, el placer, el entusiasmo de todos, que de miles de ojos se reflejan en él robustecidos y hermosados, mientras que su pecho solo dá cabida á un sentimiento — á la satisfaccion de ser hombre.

Juan Font y Guitart.

LA ABEJA.



A. Humboldt

Alejandro de Humboldt.

ALEJANDRO DE HUMBOLDT.

Acaba de extinguirse aquella esplendente antorcha que, durante tres cuartos de siglo, tanta luz derramó por todos los ámbitos de las ciencias naturales; ha cerrado la muerte aquellos ojos que tan adentro penetraron en los arcanos de la naturaleza — helada y yerta yace aquella mano venerable y pura, que, mas que otra alguna, levantó el velo de Isis de la Creación — y aquel espíritu tan audaz, tan fuerte, tan sublime y generoso; aquel espíritu que abarcaba el universo, á quien fué estrecho espacio la tierra, y que, en las robustas alas de su genio, recorrió infatigable la inmensidad de los cielos; aquel espíritu, tan trabajado por la sed insaciable de verdad, yace en el reposo de la muerte. El vaso terrestre, deleznable al fin, como todo lo material, que encerró aquella alma tan hermosa, descansa en el seno de la tierra; pero la centella divina que lo animaba ha volado al empireo de donde vino, y se goza en la vista de la eterna verdad, que con tan ardiente afán buscó siempre, en el seno de Aquel, para quien no hay tiempo ni espacio, y que es la misma verdad infinita!

Alejandro de Humboldt ha muerto. En alas de la electricidad ha corrido la infausta nueva por todos los ámbitos de Europa, como un grito de dolor que se escapa del pecho de la humanidad: angustioso grito, que, estremeciendo la atmósfera y salvando océanos, resonará hasta en los mas remotos confines del mundo civilizado. Entre los hielos del Norte, como bajo los fuegos del sol tropical, en todos los continentes, en todos los países de la tierra, allí donde las luces bienhechoras de la instrucción han esclarecido las inteligencias, donde haya rayado siquiera un pálido albor de civilización, allí ha de encontrar por do quiera ecos el sentimiento doloroso que ha estremecido en Europa todos los corazones donde vibre una fibra para lo bueno y lo grande. Sí, en medio de las trascendentales cuestiones que se agitan, á la vista de los graves sucesos que embargan todos los ánimos, entre la ansiedad y la zozobra universal, entre el ardimiento é impaciencia de los unos, el recelo y las aprensiones de los otros; el encono, la ambición sangrienta, la sed de venganza, los odios, los deseos, las esperanzas — en este vórtice de buenas y malas pasiones que nos envuelven, nos embriagan, nos fascinan, nos arrastran en su inmensa oleada, ha resonado un nombre, ante el cual ha enmudecido todo; y amigos y enemigos, todos le han pronunciado descubriendo la cabeza con respeto, y ha sido el asunto de todas las conversaciones, y ha ocupado el primer lugar en los escritos que cada día arrojan las prensas á la anhelosa curiosidad pública. Y este nombre, que se encumbraba sobre el estruendo de las armas aprestándose á encarnizada lucha, era el de un sábio modesto y virtuoso, de un anciano apartado de las convulsiones políticas — era el gran nombre de *Alejandro de Humboldt*, el único quizás que pudiera, en tales momentos, hacerse oír entre el tumulto, y distraer la atención de las gentes,

fija en el palenque donde van á decidirse tal vez los destinos de todos los pueblos del continente europeo. Humboldt habia llegado á aquella altura de tan pocos alcanzada. superior á toda consideración de partido, de nacionalidad, de religión; objeto de la admiración del mundo, que ya en vida gozan de la inmortalidad reservada á su nombre.

La muerte de un monarca poderoso, aun de aquellos que juegan ahora la suerte de las naciones, no hubiera causado la profunda impresión que ha conmovido todos los corazones al anuncio de la muerte de Humboldt: no fuera al menos tan universal el duelo, ni tan íntimo, ni tan sincero. Con razón ha sido llorada, y mas que la de un monarca llorada, porque él era un rey de la inteligencia, un emperador de las dilatadas regiones de la ciencia, un gran conquistador de grandes verdades. Y el cetro que cayó de su mano no hay diestra bastante robusta para empuñarlo; y la corona que ceñía su frente no le viene á ninguna cabeza; y el trono que ocupaba quedará vacío. Cual otro Macedon, el imperio que allegó se desmembrará despues de su muerte; pero no hay hombros que puedan con el peso de tanta grandeza! Estos son los conquistadores cuyo nombre deben conservar los pueblos en la memoria y en el corazón! ¡Estos son los héroes acreedores á la exaltación de las edades futuras. No regó el árbol de su gloria el llanto de las madres, no lo fecundó la sangre de nuestros hermanos, no costaron sus conquistas millares de vidas, no marcó su senda el incendio, la devastación y la muerte; no fomentaron las pasiones salvajes y brutales, arrojando unos contra otros á los hombres como fieras del desierto; no enconaron los males de la humanidad — no, estos reyes solo el bien ejercen, solo paz suspiran, solo concordia; en una gran familia quisieran ver unidos á todos los hombres — ¡ay! los odios nacionales, ¡cuánto los deploran! los caprichos de los déspotas, ¡cuánto los odian! la ambición de los guerreros, ¡cuánto la tiemblan! Volved á ellos la vista, ó pueblos, amados y venerados, que ellos son los campeones de vuestra libertad, los sostenes de vuestros fueros, los bienhechores en todo — ellos ensanchan los horizontes del entendimiento humano, ellos elevan vuestra razón, despiertan en los pechos nobles afectos, altas aspiraciones, y os hacen mas dignos y mejores. No os goceis ya en laureles empapados en sangre, no os deslumbren ya funestas glorias de destrucción y de carnicería; fundad mas bien vuestro orgullo en las puras glorias del saber y en las nobles conquistas de la inteligencia. ¿Pero á donde nos arrebató nuestro entusiasmo por el héroe? En Humboldt, venerad, ó pueblos, á uno de esos bienhechores de la humanidad! Todos debeis á su memoria una lágrima, pues para todos trabajó, investigó, obró sin tregua hasta su postrer aliento!... Que todos le lloren; pues todos le han perdido!

El día 6 de mayo, á las tres de la tarde, falleció en Berlin

Alejandro de Humboldt, muy cercano á cumplir los noventa años. Reyes y príncipes, sábios é ignorantes, jóvenes y ancianos, todo un pueblo consternado le acompañó á la última morada. Llórale la Alemania entera como su gloria mas preclara; vistió la ciencia fúnebres ropages á tan dolorosa pérdida. Él era su hijo predilecto, su sumo sacerdote; y por mas que pesára sobre su cabeza un siglo de trabajo, fué todavía para las ciencias grande pérdida. Pues no era Humboldt un anciano decrepito, á quien se tiene en respeto como una venerable reliquia; no era, como otros grandes espíritus que han tocado á los últimos lindes de la vida, una grandiosa ruina, ante la cual se inclina el hombre penetrado del sentimiento melancólico que infunde una grandeza pasada, un poder derrocado, una gloria que fué—no, el espíritu de Humboldt no ha conocido vejez, no ha decaído nunca, sino que, raro fenómeno intelectual, se fué robusteciendo con los años que acaban por amenguar las facultades de los demás hombres; la senectud mas provecha ha sido su virilidad; y á medida que iba acercándose al término, parecia crecer, encumbrarse mas y mas alto, y la muerte ha segado esta preciosa existencia en el apogeo de su esplendor y de su gloria. A la edad en que los hombres mas activos y laboriosos se entregan por fin al merecido descanso, daba cima Humboldt á los trabajos que mas inmortalidad aseguran á su nombre.

No era en nuestro propósito escribir una biografía de Humboldt; tarea muy superior á nuestras escasas fuerzas. Seguir paso á paso su carrera intelectual, acompañarle en sus dilatados viajes, enumerar sus investigaciones, analizar sus trabajos, fuera hacer la historia científica de todo el siglo. Pues si las ciencias naturales se han remontado á tal altura, si en tan corto periodo han dado tan gigantes pasos en la senda del progreso, si han penetrado hasta las clases mas arrinconadas de la sociedad humana, débese este logro en gran parte al poderoso impulso de Humboldt. Con razon pudo decir de sí mismo: «Mi vida entera está en mis escritos;» pues ellos son la hoja inmortal de sus méritos y servicios. Mas ya que á otras plumas de mas bríos que la nuestra esté reservado el escribir la historia de tan preclaro ingenio, séanos licito desahogar nuestro sentimiento, publicar nuestro entusiasmo, ponderar su grandeza y honrar su memoria. Que en el concierto de voces de todos los pueblos que en todas lenguas pronunciarán palabras de adios sobre su tumba, no falten los acentos españoles que tan queridos le fueron, modesto tributo de agradecimiento, si, en valor, escaso: espresion sincera al menos de nuestro duelo. ¿Se nos tildará de osados, si, á la corona de espléndidas flores entretreídas á su memoria, enlazamos una pobre florecilla?

¿Y cómo pudiera mantenerse silenciosa entre el luto universal y la universal alabanza nuestra publicación, que es un destello de su lumbre, puesto que á su grito se alzaron, y á su semejanza se formaron todos aquellos escritores cuyas obras son los ricos venenos que á beneficio del público español esplotamos? ¿Cómo pudiéramos callar, cuando se cierra la tumba sobre los restos de aquel que fué creador y cabeza de las ciencias populares, que la *Abeja*, está destinada á propagar en nuestro suelo?

Ciertamente que cada uno de mis dignos compañeros hubiera desempeñado mas cumplidamente este árduo cometido; pero vino á recaer la eleccion en el mas humilde, en aquel cuyas fuerzas son mas débiles, por haber disfrutado el que estos desaliñados renglones escribe la honra de conocer personalmente al ilustre filósofo.

No abundará nuestro escrito en pormenores biográficos, ni estensas noticias de sus viajes, pues si alguna pretension pudiéramos abrigar al tomar la pluma, movidos por el entusiasmo, fué tan solo la de exaltar su importancia en la historia de los adelantos humanos para aquellos que no le conocen, pues para los que le conocen sobrára, por ocioso y por cortó, todo encarecimiento.

Nació Alejandro Enrique de Humboldt en Berlin, el 14 de setiembre de 1769, de una familia de antigua nobleza, ilustre por sus pasados, y rica en bienes de fortuna. Su padre, Alejandro Jorge de Humboldt, mayor en el ejército prusiano y chambelan de S. M., puso, desde muy temprano, todo su ahinco en cultivar el entendimiento y el corazon de sus hijos que tanto lustre debian de dar á su nombre: pues que Guillermo, el futuro ministro de Prusia, primogénito de la familia, fué en todo punto digno hermano de aquel cuya pérdida hoy lamentamos. Ambos recibieron los mismos enseñamientos, tuvieron á la vista los mismos ejemplos, y fueron objeto de igual solitud y de iguales desvelos por parte de sus padres y maestros, por cuanto así lo consentia la poca diferencia de sus edades. Entrambos pasaron los años de su infancia y los primeros de su adolescencia en el apacible retiro de Tegel, quinta y parque de la familia en las cercanías de Berlin, siendo quizás á este apartamiento, á esta libertad en el seno de la naturaleza, al esmero constante y por nada distraído con que fueron cultivados su razon temprana y su corazon, una de las causas que mas poderosamente influyeron en el perfecto desarrollo de las inmensas facultades con que á entrambos les dotára el cielo. Pocos hombres habrá por cierto con quienes haya sido la naturaleza tan generosa como con Humboldt, y pocos tambien que, ya desde sus primeros pasos en la vida, se hayan visto rodeados de todas las circunstancias mas favorables y ocasionadas á guiarlos á altos destinos: riqueza, alta consideracion, esmerada y atinada educacion moral é intelectual, y libre desarrollo de las fuerzas físicas.

Uno de sus primeros preceptores fué Campe, el popular autor del Nuevo Robinson, de aquel libro que todos hemos leído con avidez, cuando niños; que ha hecho germinar, en miles de cabezas jóvenes, ideas vagas de paises lejanos, deseos de maravillosas aventuras, descabellados planes para el porvenir. Cuan profundas sean las primeras impresiones del niño, y cuanto se reflejan en todo el resto de la vida, no se ha comprendido bastante, pues tanto se descuida; pero como lo acredita la esperiencia, obran de tal suerte á veces circunstancias triviales de la niñez, que vienen á decidir mas tarde el destino de nuestra existencia. En Humboldt vemos confirmada esta verdad, pues, segun él mismo refiere, la lectura de esta obra de su primer maestro fué la primera chispa que encendió en su pecho el deseo de largos viages por mar, de visitar ignoradas y remotas regiones: así es como tal vez se

deban á las infantiles páginas del Robinson la investigación del Asia central y la exploración de las Cordilleras. Continuóse la obra de Campe bajo la hábil dirección de Kunth, hombre de sólidos conocimientos y de sano criterio, que, á instancias de la familia, y encariñado cada vez mas con sus alumnos, siguió dirigiéndolos hasta durante los primeros años que pasaron en las universidades. No podemos omitir las lecciones sobre botánica que á los hermanos dió, mientras su permanencia en Tegel, el célebre médico Heim, residente entonces en Spandau. Bajo la dirección de su primer maestro, siguieron ambos hermanos ensanchando sus conocimientos en Berlin, donde recibieron enseñanza particular de varios profesores ilustres, hasta que sólidamente preparados para los estudios universitarios, los inauguraron en la Academia de Francfort del Oder, donde se aplicó Humboldt á la carrera administrativa. Por aquellos tiempos era la universidad de Göttinga uno de los focos intelectuales de Alemania, por el gran número de hombres eminentes que ocupaban sus cátedras. De todos los puntos acudía allí una juventud selecta, ansiosa de escuchar las lecciones de un Blumenbach, el gran fundador de las ciencias naturales comparadas, del historiador Eichorn, de Heine, el gran promovedor del estudio de la antigüedad, y de otros profesores no menos distinguidos en todos los ramos de las ciencias, cuya fama atrajo también á los dos hermanos, anhelantes de beber en tan ricas fuentes. Separáronse allí en sus estudios los hermanos, que hasta entonces fueran condiscípulos, para entregarse cada cual á los de su particular vocación. Guillermo se dedicó con preferencia al derecho, á la historia, á las lenguas y á las ciencias filosóficas y morales. Alejandro, si bien participó de estos conocimientos, dirigióse con predilección singular á todos los ramos de las ciencias exactas y de observación. Aquí también nosotros nos separaremos del hermano y condiscípulo del gran naturalista, por cuya vida vamos á tender una ojeada; pero no pudiéramos hacerlo sin señalar la altura extraordinaria que alcanzó mas tarde como literato y como hombre de estado. A no engañarnos, su reputación comenzó en España, que, como hemos de ver, no ha sido extraña á la suerte de su grande hermano, con una luminosa investigación sobre el idioma vasconco; y prosiguiendo infatigable en esta senda, que forma su mas ilustre blason, rayó tan alto su ingenio, que ha merecido el título del primer filólogo del mundo. Tan laboriosas é inmensas investigaciones no fueron parte para que no ejerciera su inteligencia en el bien del país desde los mas altos puestos del estado, llevando á la nación por la senda de las reformas liberales. Grande por su saber y por su alma generosa, todo cuanto salía de su pluma era igualmente grande, como lo prueban sus «Cartas á una amiga,» tan celebradas en Alemania, que, pocos años ha, despues de la muerte de aquella, se publicaron, y de las que se han agotado repetidas ediciones. Poeta de robusto númen, como lo atestiguan sus «Sonetos» y su elogio á Roma, escritor elegante, al par que profundo—nos referimos á sus cartas,—filósofo eminente, orador brillante, se ostenta en toda su grandeza como investigador de las relaciones y del espíritu de las lenguas, y coronó su gloria con su administración de los negocios del gobierno, guia-

da por el mas ardiente celo, por una conciencia recta y por las nobles miras. Orgullo de su patria y gloria de su tiempo, murió este hombre extraordinario en 1855, en brazos de su desconsolado hermano, cuyo mejor amigo fué, y para cuya familia ha sido despues amoroso padre.

Grave yerro fuera, en un biógrafo, ó cuando menos, singular desacuerdo, introducir en su panegirico una figura extraña, de la talla de la de Guillermo de Humboldt, que pudiera aminorar ó quizás destruir el interés y el sentimiento con que trata de rodear la memoria de su héroe; mas no haya miedo que así suceda, hablando, como hablamos, de Alejandro de Humboldt, cuya grandeza no puede ser por ninguna ofuscada, cuyo valor saldrá incólume de todo parangón, sino que, antes bien, recibe nuevo realce de la gloria de tan insigne varón, que, mientras vivió, le estuvo unido por el cariño fraterno mas entrañable, por la amistad mas íntima, por los redoblados vínculos de la familia, de la ciencia, de la opinión, de la simpatía; y cual sus corazones siempre lo fueron, pasarán sus nombres abrazados á la posteridad, como dos genios gemelos, igualmente grandes, igualmente buenos, igualmente dignos de eterno renombre.

Admirable es por cierto y poco frecuente el espectáculo que ofrecen estas dos sublimes inteligencias hermanas, que, en sus principios, enlazadas en un mismo cultivo, en iguales cuidados, en comunes esfuerzos, cual ramas de un mismo árbol, sepárase luego para reunirse al fin tras larga y laboriosa carrera, en alturas á que jamás se habia remontado el vuelo de la ciencia humana; asemejanse á dos fuentes que, en su nacimiento unidas á una sola corriente, pártense mas tarde en dos brazos que van acreciendo sus aguas, despertando por doquier vida y abundancia, hasta que, tras largos revueltos giros, confunden los magestuosos rios sus caudales.

Pero tiempo es ya de que prosiguiendo el curso de nuestra narración, por un momento involuntariamente interrumpida, dediquemos esclusivamente nuestra atención á los variados sucesos que presenta la vida de aquel de los ilustres hermanos á cuya memoria este escrito se dedica. Dejémosle en Göttinga, entregado al laborioso estudio de las ciencias naturales, á las cuales con mayor predilección se inclinaba. No cabe que pasemos por alto una circunstancia que fué de suma trascendencia en la vida de Humboldt, circunstancia de mucho precio para el que trate de seguir las causas del desenvolvimiento de esta inteligencia, al investigar los caminos por donde se encumbró á su grandeza: su amistad con Jorge Forster. Residia á la sazón en la pequeña ciudad de Göttinga este famoso viajero, este célebre naturalista, este genio mal apreciado, pudiéramos decir, por sus contemporáneos, y al cual no ha honrado aun quizás cual merece la posteridad; Jorge Forster, que apenas salido de la infancia, acompañó al célebre capitán Cook en su viaje al rededor del mundo, en cuyo relato dejó escrita una obra maestra, que no se pudiera concebir salida de tan tiernas manos, á no ser por la candidez, los rasgos ingenuos, aquella gracia y frescura infantiles que en ella campean, presntando al estilo un hechizo indefinible; Forster, el genio aherrado que, sintiendo bullir en su mente altas empre-

sas y grandes hechos, las vió ahogadas bajo el peso de la miseria y de los obstáculos; Forster, que, nacido para descubridor de mundos, tuvo que consumir su ardor y su vida en una cátedra, á duras penas alcanzada, y en los estrechos aposentos de una biblioteca. Cual si en Humboldt adivinara, por un presentimiento de su genio, el continuador de su obra, el brazo fuerte que habia de llevar á cabo los vastos pensamientos que devoraban su alma, pronto hubo de aficionársele, y de esta simpatía no tardó en nacer la mas estrecha amistad. Este íntimo contacto, este largo cambio de ideas con Forster espoleó los vivos deseos del mozo Humboldt, fortaleció sus intentos de visitar remotos y desconocidos países, no por el afán que con frecuencia despierta en las imaginaciones juveniles una vida fecunda en lances y aventuras, sino por el de contemplar la naturaleza en sus escenas mas sublimes, en su grande y selvática magnificencia. Jorge Forster dió pábulo á su espíritu y encaminó sus impetus por la senda que habia de conducirle al fin seguro, al fin á que llegó. Ya el mismo Humboldt aprecia, en su *Cosmos*, la valía de Forster, del cual dice que inauguró una nueva era de viajes científicos, cuyo fin era el estudio comparativo de los pueblos y de los países; y estima las ricas dotes de que dió muestra en sus escritos, dotes que él imitó y realizó mas tarde; cita así mismo las pintorescas y animadas descripciones de las islas del mar del Sur por Forster como una de las causas que mas contribuyeron á excitar en él el arrebatado deseo de grandes viajes por apartados climas; pero tal vez no nos engañemos al atribuir mayor influencia en estos propósitos, que á las obras y al ejemplo, á la palabra viva y entusiasta del viajero que habia visto aquellas estrañas regiones, que habia corrido aquellas tormentas y peligros, á quien habia sonreído aquella pomposa naturaleza que tan bien supo pintar; al hombre todo fuego, todo accion; todo entusiasmo, formado sobre el puente de los navios, fortalecido por las brisas de todos los mares. El resultado inmediato de esta amistad inapreciable fué un viaje científico que de consuno hicieron ambos amigos, el año 90, por el Rin, Holanda é Inglaterra, cuya escursión dió por fruto la primera obra de Humboldt: «Observaciones mineralógicas sobre ciertas formaciones basálticas del Rin,» y en la cual recogió Forster los materiales para su libro «Vistas del bajo Rhin,» obra preciosa, que califica la maestra de su autor el fisiólogo Molleschott, el apasionado vindicador de la memoria de Forster, el autor del libro, por muchos conceptos estimable, «Jorge Forster, el naturalista del pueblo.»

Este viaje despertó además en Humboldt la afición á la metalurgia, decidiendo de su vocación práctica, tan armonizada con sus inclinaciones, y que tan útil habia de serle mas tarde en la investigación de grandes continentes: esta fué la carrera de ingeniero de minas. A este intento pasó á la escuela de comercio de Hamburgo, donde se dedicó al estudio del cálculo mercantil y de las lenguas vivas, sin desatender por esto sus estudios botánicos, hasta tanto que brillantemente preparado, trasladóse á la Academia de minas de Freiberg, donde el sábio Werner, el padre de la geología y la geognosia, comunicaba nueva vida é impulso á tan importante estudio, rodeado de una

multitud de discípulos, despues famosos, entre los cuales se contaba Leopoldo de Buch, el eminente geólogo, con el cual Humboldt contrajo una de aquellas amistades que jamás pueden romperse, porque no se fundan en gustos mudables, ni en efímeras simpatías, sino que arraigan en la parte mas noble de nuestro ser.

Completados los estudios de la carrera, obtuvo el empleo de asesor en el distrito minero de Berlin, en cuyo desempeño dió tales muestras de aptitud y de tan celosa diligencia, que á poco fué agraciado con el cargo de superintendente de las minas de Bayreuth, cuyos establecimientos y laboreo debia organizar y poner al nivel de los últimos adelantos. Las numerosas ocupaciones á tales cargos anejas no fueron parte sin embargo para que dejara de mano sus estudios favoritos y sus investigaciones, á los que, por el contrario, dedicaba todos los momentos que le dejaba libres el ejercicio de sus funciones. En este espacio compuso y publicó su «Flora subterránea de Freiberg, con aforismos sobre la fisiología química de las plantas», el «Prodrómo de la flora de Freiberg,» y sus experimentos sobre la irritación de la fibra nerviosa y muscular, obras que daban claras muestras de su capacidad, de su espíritu de observación, y de otras cualidades que le conquistaron ya desde entonces muy distinguido lugar en el mundo científico.

Sin embargo, no podían tales triunfos contentar un ánimo tan impetuoso como el de Humboldt, ocupado sin cesar en grandes proyectos, en los cuales sin duda le afirmó el buen éxito de sus primeros ensayos. Quizás le pesaba dedicar la mayor parte de su tiempo á tareas sedentarias; debia sentirse estrecho y atado en el reducido círculo de su jurisdicción. Humboldt habia nacido por el movimiento, para una actividad mas vasta, para empresas mas altas que la dirección de un establecimiento metalúrgico. Como quiera que sea, no necesitaba para vivir del producto de su empleo, que dimitió en 1793, pasando desde luego á Viena, por Silesia y Polonia, para dedicarse allí, con el afamado profesor Freiesleben, al estudio profundo de la botánica. La muerte de su querida madre, acaecida á fines de 1796, le llama de nuevo á Berlin; durante aquella permanencia en el país natal al lado de su hermano, tiene frecuente trato con Goethe, Schiller y otras celebridades literarias y científicas, que encienden y estimulan su noble ambición de grandes hechos. Desde aquella época ya no son vagos deseos los que le ocupan, sino proyectos decididos y bien calculados, á cuya ejecución tienden todos sus esfuerzos: su plan está resuelto; «ver es saber,» dice, pero para ver se necesitan los ojos de la ciencia, y quiere aprestarse con nuevos conocimientos para conseguir todo el fruto posible de sus futuras expediciones. Enajena al efecto sus bienes, y pasa á Salzburgo, en cuyo observatorio permanece mucho tiempo, ocupado en trabajos de astronomía práctica, bajo la dirección de Zach. De allí se dirige con su amigo Buch á Italia para examinar sus volcanes; mas les obliga á desistir de su intento la ruptura de hostilidades con la Francia. A su regreso, siempre teniendo á la vista su grande objeto, dedícase, en colaboración con el mismo Buch, á exploraciones geológicas y á largos experimentos meteorológicos, en cuyos estudios se aguzaron su natural facultad de observación y aquella penetra-

ción, aquel tino en apreciar el valor de los hechos, al parecer mas insignificantes; sin los cuales estériles fueran sus conatos y malogrados sus designios.

Dispuesto ya por fin con tan variados preparativos á emprender con fruto un viaje de esploracion, aceptó gozoso la propuesta que le dirigiera, en 1798, lord Bristol para formar parte de la proyectada expedicion á Egipto y Palestina por cuenta del gobierno británico; y sin tomarse mas tiempo que el preciso para el arreglo de sus negocios, marcha á Paris para hacerse con los instrumentos necesarios á sus observaciones. Allí fué recibido con singular agasajo por los sábios mas eminentes y por las corporaciones científicas; allí trabó importantes amistades que tan útiles habian de serle mas tarde, y se relacionó con Bonpland, su futuro compañero de trabajos.

A poco de su llegada á la capital de Francia, recibe la nueva de haberse diferido la expedicion al Egipto, de la cual debia formar parte; pero el Museo Nacional está preparando un gran viaje de esploracion al hemisferio austral; Humboldt solicita el favor de agregarse á ella en calidad de naturalista, y es favorablemente acogida su demanda. Otro, en su lugar, hubiérase entregado quizás á los goces de la sociedad y á los placeres que ofrece una gran ciudad, mayormente á la juventud, como para indemnizarse de las fatigas que le esperaban; pero Humboldt estimaba en mucho sus fuerzas, sus riquezas y su tiempo para desperdiciarlas en visperas de tal empresa; así que, dándose por entero á la ciencia, llenó el tiempo que faltaba para ponerla por obra con investigaciones físicas y químicas, para adiestrarse en el manejo de los instrumentos y adquirir aquella seguridad tan necesaria al observador; tomando además con Bonpland toda suerte de disposiciones, y hallando todavia su actividad espacio sobrante para estudiar el árabe. Sin embargo, la proximidad inminente de una guerra con Italia y Alemania hizo aplazar tambien esta expedicion. Trata entonces de incorporarse á otra que se estaba disponiendo para el Egipto; pero á consecuencia del descalabro de Abukir, fracasa tambien. Tantas veces frustrado en sus esperanzas, no por eso se desalienta, nada es capaz de arredrar su firmeza; sus intentos han de verse cumplidos. Ya que los planes de los gobiernos así se malogran, propónese verificarlo á propia costa, y en efecto, concierta con Bonpland un nuevo viaje al Egipto, desde donde debian dirigirse por el golfo Pérsico á las Indias orientales. Ricamente abastecidos pues de cuanto requeria la consecucion de sus proyectos, dejan la capital de Francia y se trasladan á Marsella para embarcarse á bordo de un buque holandés que les habia ofrecido el cónsul de aquella nacion; pero el buque dió una varada en las costas de Portugal, y no habia de estar disponible para el servicio hasta la próxima primavera.

Desconcertados, mas no acobardados, con este nuevo fracaso, resuelven los viajeros pasar el invierno próximo en la corte de España, tal vez sin imaginar que este viaje llevaba consigo el feliz remate de sus hasta entonces desafortunadas pretensiones. Parten pues para Barcelona, y despues de una corta permanencia en esta ciudad, salen para la capital de la monarquía. Su reputacion científica, su alcurnia y lo cortés de su trato, ganáronle des-

de luego las simpatías de personas de suposicion é influencia, entre otras, del ministro Urquijo, el sucesor del célebre Jovellanos en la direccion de los negocios, sugeto de reconocido talento, amigo de las letras y las ciencias; á las cuales, durante su gobierno, dispensó particular proteccion. Si era la vanidad de ser tenido en concepto de inteligente lo que á tales mercedes le inclinaba, como suponen algunos historiadores de aquel reinado, no es ocasion aquí de deslindarlo, ni importa tal juicio á nuestro relato. Solo si dirémos que basta el modo como procedió con Alejandro de Humboldt para asegurarle nuestra gratitud, y merecer la de todos los españoles que en algo estimen las glorias de su patria: si al afan de figurar como Mecenás se debe este proceder, bendita sea su vanidad! Quizás con ella hizo mas bien al mundo que con todos los actos de su gobierno. Incansable Humboldt, cuando se trataba de llevar á cabo la idea fija en su mente, aprovechó su permanencia en la corte española para solicitar á su favor la proteccion del monarca; á cuyo efecto presentó á su ministro, el ya citado D. Luis de Urquijo, una memoria en que, además de esponer detenidamente sus planes, encarecia las ventajas que podria reportar de ellos el gobierno español por el conocimiento mas perfecto de los recursos y producciones de sus vastas colonias, pidiendo, como gracia especial, el permiso de poder visitarlas libremente. Apoyó el ministro calurosamente esta peticion en el consejo del monarca, y desplegó tal celo á favor de su recomendado, que no tardó en ser cumplidamente otorgada. Él mismo refiere este paso en los siguientes términos: «Presentáronme á la corte, residente á la sazón en el real sitio de Aranjuez, y el rey me acogió con sumo agrado. Espliquéle los móviles que me inducian á intentar un viaje al Nuevo Mundo y á las Filipinas, y presenté una memoria sobre el asunto al secretario de Estado D. Mariano Luis de Urquijo. Este ministro apoyó mis pretensiones y desvaneció todos los impedimentos. Obtuve dos pasaportes, uno del rey mismo, y otro del consejo de Indias: jamás se habia otorgado un permiso mas lato á viajero alguno; ni ningun extranjero habia sido honrado por el gobierno español con una confianza igual á la que se me dispensó.» Cábenos una singular satisfaccion, un verdadero orgullo al consignar este acto de nuestro gobierno, este generoso apoyo prestado al ilustre viagero por nuestra harto calumniada España, que así contribuyó de un modo tan directo á los importantes trabajos del nuevo descubridor de las Américas. Parece en efecto que haya sido España designada á desempeñar un cargo providencial en los destinos de este rico y florido continente, pocos siglos ha todavia desconocido al mundo antiguo, hasta que el osado genio de Cristóbal Colon lo hizo surgir radiante de juventud y hermosura del fondo de los mares. El inmortal Genovés, rechazado de todas las cortes de Europa, escarnecido por los sábios como loco, desdeñado de todos, viene á refugiarse con su despecho á esa España despedazada por un combate de siete siglos, que en aquel momento juntaba todos sus esfuerzos y todos sus recursos para soterrar el último baluarte del Islam en nuestro suelo. En aquel supremo esfuerzo, que absorbía toda la inteligencia, toda la actividad de la grande Isabel, se arroja á sus piés con la postrera espe-

ranza el desafortunado inventor de mundos, implorando su ayuda para la temeraria tentativa; y aquella muger sublime, apurada por la escasez de medios para el logro de sus propios intentos, le presta el auxilio de su brazo poderoso, y sabe hallarlos para el genio, menospreciado por la ciencia presuntuosa y por la rica ignorancia, y dándole sus carabelas y sus gentes, dá al mundo otro mundo nuevo; y á la España, libre por su valor y fortaleza, á la España, cimentada por su genio, le dá glorias inmortales y riquezas sin cuento. ¡Ay! que por ella no pudo prever los males que aquellos lauros y aquel oro debían acarrearlos, como otros no menos crueles con que sus grandes hechos y sábias constituciones habían de desgarrar mas tarde el seno de su nacion querida!... Perdónesenos este arranque de entusiasmo ante esta grandiosa figura y esta época gloriosa de la historia patria!

También Humboldt, desatendido por su propia nacion, frustradas sus esperanzas en la proteccion de poderosos gobiernos, encuentra en España el anhelado término de sus deseos, emprende su viaje bajo los auspicios del gobierno español. — España, también esta vez, se engrandece enviando á las americanas playas al Colon científico de los siglos XVIII y XIX.

Abandonaron Humboldt y Bonpland la corte de España en el mes de mayo de 1799, dirigiéndose á la Coruña para embarcarse en la corbeta Pizarro, cuyo capitán tenía órden del gobierno, no solamente de recibirlos á su bordo y de atender á la esmerada colocacion de sus instrumentos, sino además de hacer escala en Tenerife, deteniéndose allí todo el tiempo que necesitáran para examinar el Pico y la Orotava. Este permiso, raro en aquella época, y esta solicitud de nuestro gobierno á favor de los jóvenes viajeros, contrastan singularmente con la negativa que el mismo Humboldt recibió de parte del británico, cuando en 1818 intentó un nuevo viaje de exploracion á las Indias orientales, porque se recelaba de la penetrante mirada política del autor del «Ensayo sobre la isla de Cuba.» Con verdadero orgullo hacemos mérito de la parte que tuvo España en la obra de Humboldt, porque, sin esta feliz circunstancia, quizás hubieran resultado estériles sus intentos, y de seguro no hubieran sido las Américas el teatro de sus trabajos.

El día 5 de junio, se embarcó con su compañero en la corbeta Pizarro, logrando burlar la vigilancia de los cruceros ingleses, que bloqueaban la Coruña, al amparo de la noche y de la tempestad. Tantos esfuerzos fueron precisos, tantas dificultades y obstáculos tuvo que vencer este genio arrojado, que, entre las tinieblas, la guerra y la furia de los elementos, conseguía lanzarse por fin al través del Océano á conquistar para la ciencia un mundo desconocido.

Durante el viaje habíase declarado á bordo del Pizarro la terrible fiebre amarilla, y hallándose á la vista de Cumaná, manifiestan al capitán su resolucion de aportar en aquella ciudad; y el día 16 de julio de 1859, huella por fin su planta la deseada tierra americana.

Hemos advertido ya que no intentábamos escribir una biografía de Humboldt, sino tomar ligeros apuntes sobre los sucesos mas importantes de su vida, en ellos tan rica. Desde este punto debemos renunciar á la tarea de seguirle

paso á paso en estos inmensos viajes, que duraron cuatro años, en sus multiplicados trabajos é investigaciones, donde aplicó la variada copia de conocimientos con que había adornado y exaltado su natural talento. Admira su portentosa actividad, dirigida en tantos y tan opuestos sentidos; nada pasa desapercibido á sus ojos: caudalosos rios, inaccesibles montes, intrincadas selvas, todo lo explora; la tierra y la atmósfera las sujeta á su observacion, sin que su vista abandone la contemplacion de la bóveda estrellada del firmamento: animales, plantas, minerales, estructura de los terrenos, climas, todo lo indaga, y acumula datos, experimentos, variada riqueza de nuevos objetos de todos los reinos de la naturaleza, cual, antes de él, ningún naturalista ni viajero. Asombra actividad tan compleja, atencion tan universal á todos los fenómenos, á todos los objetos que le rodean, laboriosidad tan incansable. No parece sino que, ante el vivo espectáculo de la naturaleza, sus ansias se acrecen, sus ojos se multiplican, sus fuerzas redoblan, sus miembros se aceran, y su inteligencia se agranda y fortalece. ¡Qué de fatigas! ¡qué de trabajos! ¡qué de grandes tareas emprendidas y acabadas! Nuestro plan nos permite apenas recordarlas, ¡y como fuera posible, sin llenar numerosas páginas, seguir en todos sus pormenores esta larga cuanto gloriosa campaña científica, cuyas jornadas son otras tantas victorias! Habrémos de limitarnos á citar algunos nombres, á señalar muy por alto este inmenso itinerario. La provincia de Venezuela fué el primer objeto de sus exploraciones, á que dedicaron cerca de un año, durante el cual recorrieron los distritos que cruzan el Orinoco, el Rio Negro, el Casaguar, el Atrapabo, cuyas corrientes fueron en todos sentidos estudiadas. En junio de 1800 toman algunos dias de descanso en Angostura para volver á emprender con nuevo aliento nuevos estudios en tierras de Cumaná, donde el bloqueo inglés, que á poco frustrará sus planes en la Coruña, les retarda también aquí por algun tiempo su proyectado viaje á la Habana, para donde se embarcan á fines del mismo año. Pasan algunos meses estudiando la naturaleza de nuestra florida Antilla, recogiendo datos y observaciones de toda especie, hasta que, creyendo, por una falsa noticia, reproducida en los periódicos, que el capitán Baudin, con quien debían reunirse, habían doblado el Cabo de Hornos, y que se hallaba en un puerto de Chile, determinan ir á su encuentro, dirigiéndose á las costas del mar del Sur por Puerto Cabello, Cartagena y el Istmo de Panamá, cuyo evento les hizo atravesar un trecho de 800 leguas que no se habían propuesto visitar. Despues de este largo trayecto, en que, prescindiendo de sus demás trabajos, investigaron el curso y las riberas del rio de las Amazonas, llegan á Quito á principios de enero de 1802, donde averiguaron que el capitán Baudin, objeto de su excursion, había dado efectivamente á la vela, pero para Nueva Holanda por el Cabo de Buena Esperanza. Desconcertó este inesperado suceso el plan primitivo de Humboldt, que era explorar el reino de Méjico, pasar de allí á Filipinas y regresar á Europa por Bombay, Basora Alepo y Constantinopla; sin embargo, no por haber recibido una nueva direccion, fué menos fecundo en resultados.

A la investigacion del rio de las Amazonas siguió la del Magdalena, y una detenida exploracion de las cercanías

de Quito, en que emplearon cerca de medio año, y finalmente la tan celebrada ascension al Chimborazo, la montaña mas gigantesca de la cordillera del Ecuador, una de las mas elevadas de la tierra, que, arrancando del Cabo de Hornos, esconde sus cumbres, cubiertas de nieves eternas, en el seno de las nubes. Allí no hay sendas, no hay humano auxilio, no hay vida. Ni lo escarpado del camino, ni la muerte segura al menor desliz, ni el cansancio, ni el frío, nada puede arredrar el osado valor y el firme empeño de Humboldt y Bonpland. Alcanzan la altura de mil y seiscientos metros sobre el nivel del mar, á que habia trepado La Condamine en 1743, la mayor á que hubiese llegado jamás humana planta; pero adelante siguen los arrojados viajeros. El frío arrecia, la vegetacion les abandona, y siguen adelante; rehusan acompañarles sus guías; el aire enrarecido no basta á la respiracion, la sangre se coaja casi en sus venas, entumece el frío sus miembros; ya ni un animal ni una planta se divisan, solamente hielo y soledad y nieblas, y espantosos abismos; pero el fuego sagrado del entusiasmo les anima, y avanzan impávidos por este reino de la muerte. Por fin, les cierra el paso una sima sin fondo, cortada á pico que allá estiende por ambos lados su negra boca, y fuerza es que retrocedan ante esta insalvable barrera. Pero allí, al borde del precipicio, á siete mil metros sobre el mar, entre los mayores sufrimientos, establecen su observatorio, y no lo abandonan hasta dejar practicados con rigurosa exactitud cuantos experimentos y observaciones se habian propuesto.

Esta subida de Humboldt al Chimborazo no tiene rival en los anales de la ciencia moderna, á no ser la ascension aerostática de su digno amigo Gay-Lussac; en la que, al par de iguales peligros, por nadie acometidos, resplandecen el mismo ardiente amor á la ciencia, y el mismo sublime heroismo.

Después del no menos trabajoso descenso, se encaminaron al Perú para reponerse de tan extraordinarias fatigas en la hermosa y risueña ciudad de Lima, y continuar luego sus científicas correrías por las tierras circunvecinas. En diciembre del mismo año, embarcarse nuevamente para Guayaquil, desde donde, después de dos meses de estancia, se dirigieron al reino de Méjico. Allí permanecieron mas de un año, dedicados á una actividad sin tregua, recorriendo todos los distritos de Nueva España y de las colonias limítrofes. Las Cordilleras fueron á todas luces exploradas, estudiados fueron así mismo los grandiosos volcanes de Cotopaxi y Pichincha, la Tierra caliente, el curso de los rios, la riquísima y variada flora de aquel país bendecido del cielo, que seria un Eden, si no hirvieran en su seno la disension y las desordenadas pasiones humanas. Pero por aquel tiempo era todavia el cetro español el cetro de dos mundos, y aquellas regiones, sujetas entonces á su dominio, no eran, cual después lo han sido, devastadas por la discordia y la anarquía. Así que; Humboldt y su fiel compañero Bonpland, favorecidos por las eficaces recomendaciones del gobierno metropolitano, pudieron efectuar, en toda libertad y con todas las comodidades y recursos conciliables con el estado del país, sus trabajosas escursiones.

Conseguido el término que habian fijado á su explora-

cion, embarcáronse para la Habana en marzo de 1804, donde acabó de recolectar Humboldt los datos que le faltaban para sus dos obras sobre aquella isla, rico y envidiado florón que todavía guardamos de la corona de nuestra pasada grandeza.

En fin, después de haber recorrido las principales ciudades de los estados de la América del Norte, dejaron el nuevo continente, que acababan de conquistar para la ciencia, habiendo llevado á cabo el viaje mas largo que se haya emprendido á costas de dos particulares. Aportaron en Burdeos el día 5 de agosto del mismo año, cargados de ricos trofeos, cual nunca se habian juntado tan inmensos para la ciencia y la vida, para el espíritu y el corazón del hombre.

Su llegada á Paris con tan rico cargamento fué un hermoso triunfo para Humboldt y Bonpland: para las ciencias naturales un día de gloria imponderable. Acogidos con cordial entusiasmo por los amigos que allí dejaron, por los hombres mas eminentes, festejados por las mas distinguidas personas, buscados con ávida curiosidad por todas partes, porque todos ansiaban ver y admiraban á los intrépidos y afortunados viajeros; oh sí, debió ser para Humboldt uno de los mas felices días de su vida aquel en que, entre los arrebatos de júbilo que causa la dicha de volverse á ver tras tan larga ausencia, entre tantas espontáneas muestras de interés, de cariño, de admiracion, pudo decir á los amigos, que gozosos le rodeaban, en respuesta á su afectuosa bienvenida: « ¡Esto hemos hecho! aquí está el resultado de nuestros trabajos; tesoros traigo para todos vosotros; asociaros quiero á todos á mi gloria. » Este glorioso día debió ser, después de la satisfaccion de su propia conciencia, el mas grato galardón de sus afanes.

Mas no se durmió mucho tiempo Humboldt á la sombra de sus laureles; pues apenas si se entregó por algunos días al reposo que tanto su cuerpo como su espíritu necesitaban, y que tan merecidamente pedian. Dedicado al principio á la ordenacion de sus manuscritos, muy pronto alterna este vasto trabajo, para él sobrado ligero, con nuevos experimentos químicos, que con Gay-Lussac ejecuta para determinar exactamente la composicion del aire, echando con este brillante trabajo los cimientos de la Eudiometria ó análisis de los gases, que acaba de ser llevada á la perfeccion por el célebre profesor de Heidelberg, Roberto Bunsen. Por este tiempo fija tambien, en colaboración con el mismo, la situacion del meridiano magnético.

Acompañado de Gay-Lussac y de Leopoldo de Buch, emprende, en abril de 1805, un viaje, ya otra vez intentado, á Italia, con el objeto de estudiar sus volcanes y de contemplar los destrozados monumentos del poderío romano y los tesoros artísticos con que la engalanó la civilizacion cristiana. Después de haber examinado el cráter del Vesubio, y de haber pasado algunos meses en Nápoles y en Roma, visita las principales ciudades de Italia, pasando luego á Berlin, donde recibe iguales muestras de general simpatía que en Paris, y obtiene de su soberano la venia de permanecer en esta última ciudad para vacar á la publicacion de la obra sobre su viaje.

Esta empezó á salir en 1807 bajo el título de « Viaje

de Alejandro de Humboldt y Aimé Bonpland á las regiones equinocciales del Nuevo Continente, » y no terminó hasta 1827, de modo que su publicacion le ocupó durante veinte años. Consta la obra de 8 tomos en cuarto y 45 en folio, adornados con magníficas láminas, y comprende, además de la relacion histórica del viaje, toda de la pluma de Humboldt, cinco secciones que abarcan todas sus observaciones, descubrimientos, determinaciones nuevas ó rectificadas, tanto en zoología, anatomía comparada, mineralogía y botánica, como en geología, física general y astronomía. Al levantamiento de esta obra monumental, cooperaron con sus trabajos Arago, Cuvier, Gay-Lussac, Kunth, Klaproth, Wildenow, y otros sábios eminentes, franceses, alemanes é ingleses.

Durante este largo periodo, dió pábulo á su escedente actividad con la publicacion de varias obras que aumentaron aun su reputación ya europea, ó por mejor decir, universal; verificó numerosas escursiones á su pais natal para visitar á su familia y al rey, y aun ocupaba su imaginacion con vastos planes de futuros viajes. En 1807, dá á luz las «Vistas de la Naturaleza,» con cuya obra, que tanta boga ha alcanzado, dejó patentemente demostrado que la poesia no está reñida con la ciencia, y que la rigurosa descripción científica de los fenómenos terrestres puede perfectamente conciliarse con una pintura animada de las bellezas de la naturaleza. En 1814 acompaña á Lóndres á su hermano, ministro plenipotenciario de Prusia en la Gran Bretaña. En 1818, por deseo especial del rey de Prusia, le acompaña al congreso de Verona. Con una pension anual de 12,000 thalers, concedida por este generoso monarca, intenta, en 1818, un viaje á la India, que frustraron, como ya insinuamos, los recelos pánicos del gobierno inglés.

Terminada en 1827 la publicacion de su obra, que hasta entonces le retuviera en Paris, cede por fin á las repetidas instancias de su soberano, y establece su domicilio en Berlin, aceptando título y sueldo de canciller privado con que aquel quiso honrarle; pero rehusando todo servicio activo; pues, afortunadamente para la ciencia, fué mas afecto á esta que á la política. De regreso á su patria, como esparcimiento á mas graves tareas, dió en varias ocasiones lecturas públicas sobre el Cosmos, que fueron el fundamento de la obra de que nos ocuparemos mas adelante.

Ya en 1810, hallándose en Viena, habia recibido, por medio de la embajada rusa, proposiciones del Czar para hacer un viaje de exploracion á la Tartaria y al Tibet, cuyos gastos se habia brindado á costear por mitad el rey de Prusia; pero frustró este plan la guerra con la Francia y la invasion de la Rusia por el grande ejército napoleónico. Sin embargo, en 1829 renovó el czar Nicolás aquella propuesta, con el deseo espreso de sufragar por completo los gastos de la expedicion, dejando á Humboldt absoluta libertad en la direccion y en el itinerario, sin proponerse otros fines que la utilidad del estudio de aquellas regiones recabarla la ciencia. Aceptó gustoso el sexagenario Humboldt tan franca invitacion, y agregándose á sus amigos el distinguido mineralogista Gustavo Rose, y Ehrenberg, el célebre zoólogo, el Lineo de los animales infusorios, emprendió este nuevo viaje con tanto ardor como si tan solo

contára seis lustros. No nos detendremos en enumerar circunstanciadamente los accidentes de esta famosa expedicion; ni la demasiada estension que han adquirido los ligeros apuntes que nos propusimos formar de su vida, nos permite siquiera que indiquemos sus puntos culminantes: baste decir que, salidos de Petersburgo en mayo de 1820, recorrieron la Siberia, las orillas del Volga, la cadena del Ural, donde descubrió Humboldt un eriadero de diamantes; costearon el mar Caspio, internándose en la Tartaria, hasta la frontera china; y regresaron á Petersburgo, despues de haber andado en el espacio de nueve meses, mas de dos mil y trescientas leguas geográficas. Ocioso fuera decir que reportaron las ciencias grandes beneficios de este viaje, que se enriquecieron con nuevos datos y colecciones, que Humboldt se coronó nuevamente de gloria; solo diremos que si el jóven viajero reveló á la ciencia el Nuevo Mundo, el anciano abrió á sus miradas un mundo aun desconocido dentro del antiguo continente.

A poco de su regreso, volvió á Paris, cuya residencia alternó, durante muchos años, con la de Berlin y Lóndres. Por mas que fuera su voluntad vivir retraido de la vida pública, tales eran la ilimitada confianza que en él tenia puesta el rey de Prusia, y el aprecio que hacia de su talento y de su tacto en difíciles negocios, que hubo de resignarse á admitir repetidas veces encargos diplomáticos públicos y privados, entre otros, el de reconocer á nombre de la Prusia, al monarca entronizado en Francia por la revolucion de Julio.

Poco antes de estallar el movimiento revolucionario que dió inesperado fin al reinado de este mismo monarca, para sustituirle un efimero gobierno democrático, que, como otras tantas veces, no fué mas que el hincapié del despotismo, abandonó para siempre el suelo francés, y residió desde entonces en Berlin, entregado á las tareas literarias.

No obstante su edad avanzada, conservaba el vigor de sus fuerzas y el uso completo de sus facultades. Escasas horas daba al descanso, largas á la lectura, al estudio, á la composicion original y al despacho de su vasta correspondencia; dedicando el resto al trato de los hombres y á la amistad.

En los últimos años esperimentó dolorosos golpes; poco á poco iban dejándole sus mas queridos amigos de juventud: su hermano Guillermo, Leopoldo de Buch, Gay-Lussac, Arago, Gauss, bajaron sucesivamente al sepulcro.

Con la firmeza y tranquilidad del justo esperaba también él, tiempo hacia, el inevitable trance.

A fines de abril, una ligera indisposicion le obligó á guardar cama. Esta noticia, inmediatamente publicada por el telégrafo, causó ansiedad y zozobra universales; cada dia trasmitian el telégrafo y los periódicos á todos los puntos del pais varios partes sobre el estado del ilustre enfermo. Pero á pesar de los cariñosos cuidados y de la entrañable solicitud de sus sobrinos, de la familia real y de todos sus amigos; á pesar de todos los auxilios de la ciencia humana, fué agravándose rápidamente, sucumbiendo por fin á la fuerza del mal, sin que las sombras de la muerte vecina anublaran por un solo instante su poderosa y privilegiada inteligencia.

El dia 6 de mayo, á las tres de la tarde, el horario de

la eternidad marcaba el postrer momento de una grande existencia.

La importancia de Humboldt para la ciencia, tanto por sus propios trabajos como por el impulso que comunicó, por aquella acción enérgica que irradió siempre de él como centro de una actividad la mas asombrosa, es superior á todo encomio: así obró por sus descubrimientos como por sus escritos científicos, como por su ejemplo y su protección; el mismo aliento que infundió con la palabra escrita, lo fomentó con todos los recursos que le prestaban su posición, su riqueza y su celebridad universal. Su influencia en todos sentidos es imposible avalorarla. Él fué uno de aquellos que con poderosa mano empujaron las ciencias naturales por la senda del progreso que vienen recorriendo desde fines del pasado siglo. En todas las ramas de esta vasta série de conocimientos, productos casi todos de la época moderna, que se comprenden bajo el nombre de ciencias naturales, ha trabajado él, ha descubierto nuevos hechos, ha revelado nuevas verdades: en todas las esferas del humano saber donde sentó la planta, ha dejado profunda é indeleble huella de su paso. Por do quiera aventáronse á su voz las tinieblas, brotó la luz; al caos sucedió el orden armónico; por donde quiera anonadando el error, derrocando rancias preocupaciones consagradas por los siglos, desembarazando el terreno de la maleza que lo ahogaba y atajaba el paso á la investigación, despejó numerosas vías y encaminó á las ciencias por nuevos y nunca hollados derroteros. Elocuentemente acreditan esta laboriosidad inconcebible, esta universalidad de su talento, este dominio sobre todos los conocimientos humanos sus numerosas obras sobre botánica, sobre física, sobre química, astronomía, fisiología, zoología, mineralogía, geognosia, paleontología, geografía, historia, economía política, estadística, etnografía, que constituyen por sí solas un largo catálogo. Bastarán ya variados trabajos, tan luminosas investigaciones para levantarle á la categoría de los mas ilustres y privilegiados ingenios. Si ante tan rica y portentosa variedad, que involuntariamente nos recuerda la exuberante riqueza y lozanía de aquella espléndida naturaleza tropical, cuyo vivificante sol, que por tantos años abrazó su frente, parece le fecundó é infundió sobrehumano aliento; si ante esta abarcadora inteligencia queda el ánimo sobrecogido de espanto, nos presenta á la par un irrefragable testimonio de cuanto puede dar de sí la inteligencia del hombre sostenida por una voluntad enérgica y un trabajo perseverante. Humboldt no descansó jamás, no pudo abandonarse á los solaces de la vida, y aun así se hace arduo concebir como logró llevar á cabo tan innumerables trabajos, que bien pudieran parangonarse con los del mito herácleo. Entre los tales debiera á justicia contarse su inmensa lectura, no ya de impresos de todo género que en su tiempo arrojaron las prensas de todos los países, sino también la de obras arrinconadas y desconocidas, fruto del saber de los pasados siglos, cuyos apolillados volúmenes desenterró de los estantes donde dormían, para entresacar de la inmensa hojarasca preciosa doctrina, documentos utilísimos, hechos que yacían allí aislados y estériles, pero

que, esclarecidos á la luz de su espíritu, se enlazaron con otros ya conocidos, entrando así en el círculo armónico de las leyes que rigen el universo. Y no tan solo fué celoso y constante promovedor de todas las ramas de las ciencias, antes ya beneficiadas por otros ingenios, sino que algunas de ellas son enteramente creación suya propia; pues ni antes de él existieron la meteorología, la geografía vegetal, la climatología, la hidrografía, ni menos había nadie tentado la gigante empresa de describir en ordenado conjunto todos los fenómenos que se pasan en nuestro planeta y en su atmósfera: pues él es también el inmortal creador de la geografía física. En sus dilatados viajes, recogió gran copia de tesoros de toda especie, tesoros inestimables, que no bastara jamás á acaudalar él solo, á pesar de su saber, constancia y energía, pero que, derramados con larga mano por su desinteresado poseedor, han sido preciosos materiales de construcción en la grandiosa fábrica de la ciencia moderna.

Su carácter noble, su verdadero, intenso anhelo por los progresos del saber no podían dar cabida en su ánimo á miras mezquinas, que no pocas veces deslustran los mas preclaros ingenios. Mas que ambición de gloria, tuvo ansia de verdad; obedecía á una necesidad de su ser. El bajo egoísmo de renombre no lo conoció jamás, ni menos abrigó su pecho la corrosiva envidia de agenos triunfos. Así es que no adolecía de la debilidad, harto comun entre los naturalistas, de querer beneficiar á solo provecho de su gloria sus observaciones, sus ideas y descubrimientos, ratardándolas así, ó defraudando á veces de ellas al mundo, por la escasez de las propias fuerzas ú otros obstáculos que se oponen á su cabal desenvolvimiento. Muy diferente fué Humboldt de estos mezquinos rebuscadores de fama, pues generoso, daba el fruto de sus afanes para que otros compartieran la suya. Para todos los investigadores estuvieron sus arcas siempre abiertas; él supo colocar sus riquezas en buenas manos, que rindieron á la ciencia crecidos intereses. Sus inmensas y variadas colecciones de toda clase de objetos naturales, sus observaciones, fueron de esta suerte un copioso raudal de puras aguas que, repartiéndose en rios y canales, ha derramado prosperidad y abundancia por todos los campos de la ciencia.

Mas no se encierra en estos límites su vasta influencia: no solo enseñó nuevos caminos, no solo descubrió nuevas regiones, no solo liberal, y magnánimo, prodigó sus tesoros, sino que despertó, avivó, comunicó sus elevados impulsos, el entusiasmo que le animaba, á muchos que quizá, sin sus escitaciones y consejos, no hubieran nunca pisado tales caminos, y que son ahora pilares de la ciencia, esplendor y lustre de su nación y de su tiempo—no solo ha iluminado con la luz de su genio, sino que ha sido el foco donde han venido á inflamarse muchos claros entendimientos, cuya fulgente llama centellea ahora sobre las cumbres de las diversas comarcas de la ciencia como alegres fogatas que anuncian al mundo la libertad del espíritu y el triunfo de la inteligencia.

Humboldt, siempre afable, siempre benévolo, acopió cariñoso á los neófitos, los ilustró con sus luces, los alentó á seguir en la carrera emprendida; dotado de rara penetración, descubrió no pocas veces en sus tímidos destellos la futura grandeza intelectual, reconoció en sus gér-

menes al paciente y laborioso observador, y no solamente le infundió ánimo con su palabra poderosa, no solo le prestó el auxilio de su saber y experiencia, sino que de sus propios haberes le facilitó cuantiosos recursos para continuar sus estudios, ó para proseguir sus investigaciones. De varios sabemos, y de algunos nos honramos con la amistad personal, que, sin la mediación de Humboldt, sin las sumas con que contribuyó á sustentarles, ni nunca llegarán á la posición que hoy ocupan, ni nunca hubieran podido llevar á término los trabajos con que se ilustraron, ni nunca hubieran conseguido la gloria que con ellos se granjearon.

Mas, por grandes y numerosos que sean los títulos que por este influjo, como hombre científico, y por estas prendas morales presente al agradecimiento y respecto de la posteridad, quedan todas sobrepajadas, y aun eclipsadas por otra cualidad que constituye, por decirlo así, la esencia de su genio; cualidad que, si en todas sus obras, se muestra relevante, aparece en todo su apogeo y desarrollo en su obra maestra: el Cosmos. Su mayor título á la inmortalidad es la dirección humana que dió á los conocimientos científicos, es el haber creado á la unidad; tal de un pueblo desgregado en pequeños reinos, condados, y señoríos, de débiles recursos y de ninguna influencia, junta y eslabona un gran legislador una fuerte y poderosa nacionalidad. Por él vinieron á ser las ciencias naturales lo que son hoy día, no, cual antes, patrimonio exclusivo de los eruditos, no meras servidoras de la medicina y de las artes, sino el mas poderoso medio de cultivo de la humana inteligencia, la gran palanca de ilustración del pueblo. No existieron antes escritos populares; pues ciertas exposiciones secas y descarnadas, hechas sin trabazón ni relaciones con la vida de la naturaleza, no son por cierto acreedoras á tal dictado, antes merecen ser llamadas impopulares por la árida que presentaban la ciencia, escarpada ó inaccesible. Otra fué la naturaleza que dió Humboldt á su pueblo, grande, armónica, clara, comprensible y risueña; él la presentó hermosa, iluminada por su eterna sonrisa. Él dijo á los hombres: ved ahí vuestro código, vuestras leyes, aprended á conocer la patria, robusteced y sublimad vuestro espíritu en el espectáculo de la verdad eterna, y admirad la inmensa sabiduría y bondad de quien tal crió. Dijo, y brotó la luz, y las aguas del saber bajaron impetuosas de las alturas á esclarecer la noche de la ignorancia y del error, á purificar la inteligencia del pueblo. Por todas las clases se han difundido, y cada vez van penetrando mas adentro, y fomentando esta obra de regeneración.

¿Cómo pudiéramos pasar adelante sin dedicar algunos momentos á la contemplación del monumento con que mas ha contribuido á esta obra civilizadora, el Cosmos?

El Cosmos, esta obra colosal, es uno de los mas grandes esfuerzos del espíritu humano, obra es de aquellas que se alzan sobre las literaturas, sobre las generaciones, sobre los siglos, como gigantes jalones que marcan la senda del progreso de la humanidad, que no forman el ornamento de un pueblo con que se reviste y envanece á los ojos de las demás naciones, sino que constituyen ante todo el padron glorioso que ostenta toda una edad para admiración y respeto de los siglos venideros. El Cosmos es

el fruto de una vida de estudio incesante, de nunca cansados esfuerzos, es la síntesis de trabajos inmensos — el Cosmos no podía ser obra sino de un hombre como Humboldt, dotado de facultades extraordinarias, fecundadas y exaltadas por profundos, universales é incesantes estudios, apoyadas por una voluntad inflexible, guiadas por un juicio recto y certero, ennoblecidas por un amor sincero de la verdad; — el Cosmos no podía ser obra sino de un hombre tan grande como Humboldt, que, sin menoscabo en su privilegiada inteligencia, alcanzase los últimos límites concedidos á la existencia del hombre. Aun así, apenas se concibe como bastó tan corto espacio á tan inmensa tarea.

Era el año de 1844, á los 73 de su edad, cuando dió al mundo la primera parte del Cosmos. Resonó un grito de admiración universal; toda la Europa, toda la tierra civilizada saludó con entusiasmo aquel libro sublime; todas las inteligencias se humillaron ante aquel anciano, que, en el invierno de su vida, brindaba con tan precioso fruto, ante aquel coloso que amontonaba montañas para escalar el cielo de la verdad. Nadie aun había concebido tan titánica empresa, nadie la había tentado. No satisfacía sus altas aspiraciones el haber cultivado todos los campos de la ciencia, el haber enlazado hechos, descubierto leyes, revelado órdenes enteras de fenómenos, estudiado grandes regiones de la tierra, y hallado grandes relaciones entre apartados continentes: atormentábase sin cesar la idea de abarcar en un gran conjunto la naturaleza entera, de encerrar en los límites de una descripción armónica y sencilla el aspecto, la estructura; la vida de nuestro planeta y sus relaciones con el universo infinito. Para el logro de concepción tan osada era necesario un conocimiento íntimo de todas las ciencias, de todos los hechos, de todos los pormenores; era menester haber seguido con igual cariño las revoluciones de los astros, y las imperceptibles desviaciones de la aguja magnética; así las leyes según las cuales el enmarañado caos de las plantas se resuelve en un orden armónico, como los misterios de la vida microscópica; así la distribución del calor y de la lluvia sobre la superficie del globo, como las inscripciones que grabaron organizaciones extinguidas en el corazón de las montañas: tal empresa requería un conocimiento circunstanciado, completo de cuanto pasa, de cuanto puede observar en el globo la investigación humana, y la fuerza de no perderse entre el revuelto laberinto de hechos particulares, de saber desprenderse, elevarse sobre ellos, abarcarlos en su conjunto, y formular en claros y precisos rasgos sus grandes relaciones. Solo Humboldt podía acariciar tan vasta idea; solo él pudo llevarla á cabo con tanta fortuna. A este fin se dirigieron todos sus esfuerzos, á esta unidad se encaminó siempre su espíritu, y cada nuevo hecho, cada ley nueva con que su saber se enriquecía é iba ordenándose en su entendimiento, era una piedra mas del edificio que ambicionaba legar á la posteridad.

Mucho daba en aquella primera parte: cielo y tierra, todo lo recorría, desde las manchas nebulosas y los sistemas de estrellas hasta el hombre: el cuadro entero de la naturaleza fundado sobre la sólida base de la observación de los hechos. Esto era la parte mas importante de

su obra; pero prometia mas aun. Era verdaderamente conmovedor ver á aquel anciano, acometiendo con el ardor de un jóven tal empresa, — si pudiera un jóven intentarla — arrojándose con ánimo tan firme y resuelto á trabajos capaces de arredrar al mas osado, despreciando la fatiga, sobreponiéndose á la vejez, contando con la vida, y desafiando la muerte. Acrecentaban la admiracion y el entusiasmo aquel aliento juvenil y aquella voluntad nunca doblegada, á la par que despertaban en los corazones la zozobra y los recelos de que burlase la muerte tan nobles afanes. La naturaleza, sin embargo, tan pródiga con él, la naturaleza, que, cariñosa amiga, le abriera sus mas recónditos arcanos, le revelára sus mas escondidas leyes, quiso estremar su liberalidad: la muerte respetó aun por mucho tiempo tan preciosa existencia. Por muchos años aun pudieron recrearse sus ojos en el sublime espectáculo de la creacion, cuyas sencillas, eternas é inmutables leyes iba consignando en este nuevo Génesis, en esta Biblia de la ciencia; de que, á fuer de gran legislador, dotaba á su pueblo. Aun por muchos años recreó la primavera sus ojos con su floreal alfombra, y los años se abrian y se hundian en el pasado, y se seguian, y siempre, siempre le encontraban infatigable, estudiando aun, recogiendo, ordenando los numerosos tesoros del saber acumulados durante su larga vida. Toda la ciencia del siglo se coordinaba, se desenvolvía, se esclarecía en la cabeza del sabio anciano que con redoblado afán iba colocando los sillares de aquella fábrica gigantesca. Los céfiros debieron refrescar cariñosos su enardecida frente; los vientos debieron enfrenar sus ímpetus por no distraerle de su obra; el sol debió enviarle sus mas esplendentes y vivíficos rayos para alimentar el fuego de su entendimiento; la naturaleza entera debió infundirle vigor y estremecerse anhelante á la voz de su hijo mas noble, que pregonaba á los hombres el espíritu de sus leyes.

Después de haber diseñado este gran cuadro de la naturaleza, después de haber desentrañado del caos de las observaciones particulares las leyes generales, y puesto de relieve las relaciones mútuas y las causales de las grandes series de fenómenos, parece que debia darse por satisfecho, y por completo y realizado el plan grandioso de sus osados deseos; pero su intento era mas vasto todavía; faltábale aun mucho para llegar á la meta de sus afanes. En la naturaleza, veía al hombre, esta manifestacion suprema de la idea divina; y no imaginaba cabal una descripcion de la naturaleza que no comprendiese á la vez el reflejo de su imagen, recibida por los sentidos en el espíritu del hombre. No descansó pues de la fatigosa tarea á que acababa de dar cima, sino que recogiendo en tan feliz acabamiento nuevas fuerzas, con bizarro ardimiento arrojóse á un nuevo empeño no menos árduo, á medirlo por la grandeza de sus intentos. Mas era Humboldt un hombre escepcional á quien no arredraban obstáculos, y á quien no desviaban de su propósito los mas enormes trabajos.

En 1847, salió á luz la segunda parte del Cosmos. Si en la primera se propuso trazar el cuadro de la vida universal en la pura objetividad de su aspecto externo, sólidamente cimentada en el terreno de la rigurosa observacion científica, entraba ahora en una nueva esfera de conside-

raciones, dejando el mundo exterior por el mundo de los sentimientos. Propúsose esta vez examinar las fuentes de la contemplacion íntima que, en los tiempos antiguos y modernos, han elevado nuestra alma al sentimiento puro de la naturaleza, así como las causas que mas poderosamente han obrado en el desenvolvimiento de su comprension como un todo armónico. Entraba además en su plan la esposicion de los medios mas apropiados á despertar la aficion de la naturaleza y su estudio, y examinar la impresion diversa producida por su espectáculo en la imaginacion del hombre, segun las épocas y las razas, hasta que por último la divinacion primitiva, el presentimiento vago y la observacion cierta, la poesia y la ciencia se enlazan y penetran. No conceptuó suficiente para abarcar en su conjunto la naturaleza la mera consideracion de los fenómenos esternos, sino que juzgó indispensable poner de manifiesto las armonias morales, los lazos misteriosos que unen al hombre con el mundo sensible. Allí nos muestra como el aspecto del universo, en los varios pueblos y en los diversos grados de cultura, obró variadamente sobre la imaginacion y el corazon del hombre; como le inclinó á la adoracion de ciertos objetos corpóreos, y despertó mas tarde en su ánimo aspiraciones de naturaleza mas pura é inmaterial; como unas veces suscitó en él ideas risueñas, y otras veces sombrías; como se va traduciendo esta impresion de la naturaleza en la expresion poética del sentimiento por medio de la palabra y de los colores, y van desarrollándose los gérmenes de las bellas artes; como influyó por fin en los diversos papeles que representaron los pueblos en la historia de la civilizacion. Abraza además el cuadro de esta segunda parte las mas vastas consideraciones acerca del progresivo desenvolvimiento de la idea del Cosmos al través de todos los siglos, comprendiendo en ellas el influjo mútuo de los pueblos por las emigraciones, las conquistas, las invasiones; el predominio de las lenguas, la navegacion y el comercio; los viajes y descubrimientos de continentes nuevos; no menos que por la propagacion de las artes, las letras, los sistemas filosóficos y los conocimientos científicos, señaladamente el de nuevos instrumentos que, agrandando el campo de la observacion, pusieron al hombre en mas cercano contacto con la infinidad de los espacios celestes, así como con la estructura íntima de los cuerpos y los organismos infinitamente pequeños. Así va reseñando á grandes pinceladas toda la historia de la civilizacion desde los primeros esfuerzos de la razon humana, desamparada de ageno auxilio, hasta el punto en que la idea de Cosmos viene á confundirse con las mismas ciencias naturales, y, encarnándose en su propio genio, á celebrar su manifestacion mas cumplida.

Si vasta fué la idea de la primera parte, no le cedia la segunda en grandeza; si conocimientos extraordinarios requeria aquella, no eran menores los que para la segunda se necesitaban. Cual de las dos es mas de admirar, no acertaremos á decirlo. Solo sí que es casi increíble que sean frutos de un mismo tronco, partos de una misma inteligencia. Asombra el caudal de erudicion, la lectura inmensa que supone la ejecucion. Al echar la vista por las notas, donde se citan las fuentes en que se apoya este luminoso trabajo, queda uno como anonadado ante su di-

versidad y el sinnúmero de obras griegas, latinas, alemanas, inglesas, españolas, francesas, italianas, portuguesas, sobre literatura, sobre ciencias, sobre bellas artes, sobre antigüedades, sobre viajes, historia, lenguas, legislación, que contribuyeron á la composicion de esta segunda parte. En ella revela Humboldt la mas profunda intimidad con los poetas; los filósofos y los historiadores de la antigüedad clásica, un conocimiento asombroso de la historia y de la literatura de todos los pueblos, un estudio detenido de las antigüedades y de las obras del arte y del ingenio. Como, entre tantos viajes, tantos estudios, tantos trabajos científicos, entre la composicion de obras numerosísimas, pudo hallar tiempo para tan vasta lectura de género tan diverso, no se concibe; y mas difícil se hace comprender cómo tan variados conocimientos, tantos hechos, han podido, sin abrumar su inteligencia, ser conservados, asimilados, coordinados y desenvueltos en grandes y generales consideraciones.

En todas las obras de Humboldt, sobre todo en las Vistas de la Naturaleza, y en el Cosmos, junto á las dotes científicas, que le colocan en primera línea como sabio, cuales son aquella universalidad de su saber, aquel dominio de todas las materias, hasta las mas intimas singularidades, aquella claridad transparente, aquel enlace de ideas tan natural y espedito, aquella unidad del pensamiento que arrolla toda confusion, y que se sobrepone á toda oscuridad; junto á todas estas dotes científicas y filosóficas descuellan otras literarias, ó mejor, estrechamente hermanadas con ellas, forman un todo perfecto que levantan su estilo á la altura de los escritores clásicos de los idiomas en que escribió, principalmente el alemán y el francés. Resalta sobre todo la sencillez, hija de la perfecta comprension del asunto, con la cual se dá la mano el calor vigoroso que á sus composiciones prestaba el amor á los hombres y á la naturaleza: estas dos llamas sagradas que constantemente ardieron en el altar de su corazón, que fueron los móviles de todo su obrar, y que deramaron en cuanto salió de su pluma tanta vida y tanta lozanía. No ahogó en él tanta ciencia la sensibilidad, no predominó la cabeza sobre el corazón. Con verdaderos y halagüeños colores nos pinta la naturaleza cual la comprendia su inteligencia de sabio, cual la sentia su alma de poeta. Fué Humboldt poeta, y gran poeta. ¿Cómo, á no serlo, hubiera podido abarcar la naturaleza en su hermosura y magnificencia? ¿cómo trazar el sublime cuadro del Cosmos? Él es el poeta de lo grandioso y de lo infinito. Ved cómo se remonta, cómo se derrama su genio por los inmensos espacios, y cómo en pocas pinceladas, con la naturalidad de la fuerza, bosqueja aquellos imponentes cuadros telúricos y siderales, evocados por su inspiracion gigantesca. Y vedle otras veces, cual sabe pintar con suaves colores las delicias del paisaje, la cantinela de las aves y la galanura de las flores. ¡Dijérase que está pulsando el harpa éolica de la creacion! A los poderosos y sentidos acordes que le arranca su vigorosa mano, involuntariamente se nos vienen á la memoria los delicados acentos de Schiller en sus Ideales:

Como un dia con ansia suplicante,
A la piedra abrazóse Pigmalion,

Hasta que al fin por el helado mármol
El ardiente sentir se derramó;
En mi brazo de amor, yo á la natura
Así estreché con ansia juvenil,
Hasta que sobre mi pecho de poeta
Empezó á calentarse y á latir.

Y mi férvido anhelo compartiendo,
Halló la muda acentos de pasión,
Y mis besos de amor me devolvía.
Y el concento del alma comprendió.
Entonces me vivió el árbol la rosa.
Cantóme el argentino manantial,
Y hasta lo insensible se animaba
Los ecos de mi vida al resonar.

En la tercera parte que aun quiso dar á su Cosmos reunió los materiales que no consentian la generosidad y los límites que impuso y debió imponer á la primera, resumiendo los resultados de la observacion en que se apoyan las opiniones científicas en el actual estado de los conocimientos humanos. El primer tomo está consagrado esclusivamente al exámen de los datos y doctrinas astronómicas; el segundo de esta tercera parte, y último de la obra está reservado á la geografia física y á las ciencias auxiliares. Rayaba en los noventa años; y jóven siempre de espíritu; hallóle la muerte ocupado en la publicacion del último tomo de su libro inmortal, que, por fortuna, ha quedado completo.

Todo encomio nos parece escaso para esa obra colosal é incomparable del Cosmos, y nos apartamos de ella con la conviccion de no haber encarecido bastantemente su alcance. Cuando consideramos que es un anciano octogenario quien escribió aquellas páginas que respiran el vigor y el fuego de la juventud, crece de todo punto la admiracion que su valor intrínseco nos infunde, y nos asalta el recuerdo de otro anciano, cuyo nombre abrazamos con nuestro amor, de un anciano que, cual Humboldt, creó una nueva era de actividad intelectual, que, cual él, sintió estremecerse su alma armónica ante el espectáculo de la naturaleza; que, cual él, la amó y la hizo amar de los hombres; que, como él, señaló á los ingenios el faro que debía guiarles al suspirado puerto, mostrándoles con la fuerza de su brillante ejemplo que solo sintiendo y amando la naturaleza, reflejándola y ataviándola con el manto ideal de la poesia y las galas del language; era como producirían obras valederas, dignas y perennes — el gran Cervantes, en fin; cuya civilizadora, cuyo influjo en el progreso del entendimiento humano, no hayan sido quizás en su justo valor estimados; Cervantes, que, como Humboldt su Cosmos, escribió, cubierta la frente por los hielos de la vejez, las mortales páginas del Ingenioso Hidalgo. Esta comparacion de Humboldt con nuestro viejo Cervantes, que se nos cayó de la pluma, no es la idea que, segun dice Boerne, nos arroja el naufragio del acaso; nó, fué la íntima semejanza entre ambos genios que hirió de improviso nuestra imaginacion. El Cosmos, y no creemos desdorarlo ni rebajarlo con tal comparacion, ha sido para las ciencias lo que para las letras el Quijote; ambos libros gigantes fueron la mas alta expresion del espíritu de su siglo; en en-